



Doroteo dió del azote á su palafreñ.

tuida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren; y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro.

La menesterosa doncella pugnó con mucha porfía por besarle las manos; mas Don Quijote, que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió, antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante, y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado, dijo:

—Vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer á esta gran señora.

Estábase el barbero aún de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caída quizá quedarán todos sin conseguir su buena intención; y viendo ya que el don estaba concedido, y con la diligencia que Don Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la otra mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió Don Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde de nuevo se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entonces le hacía; mas todo lo llevaba con gusto, por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador, porque sin duda alguna pensaba que se había de casar con aquella princesa y ser por lo menos rey de Micomición.

Sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen, habían de ser todos negros; á lo cual hizo en su imaginación un buen remedio, y díjose á sí mismo: ¿Qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrás más que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título ó algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida? No sino dormios y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas: por Dios que los he de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los he de volver blancos ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo.

Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié.

Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabían que hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harían para conseguir lo que deseaban, y fué que con unas tijeras que traía en un estuche, quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, y vistióle un capotillo pardo que él traía, y dióle un herrero negro, y él se quedó en calzas y en jubón, y quedó tan otro de lo que antes parecía Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirara.

Hecho esto, puesto ya que los otros habían pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedían que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pié. En efecto, ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della Don Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy despacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando, se fué á él abiertos los brazos y diciendo á voces:

—Para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota Don Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta esencia de los caballeros andantes; y diciendo esto, tenía abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á Don Quijote, el cual espantado de lo que veía y oía decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atención, y al fin le conoció y quedó como espantado de verle, é hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo que Don Quijote decía:

—Déjeme vuestra merced, señor licenciado, que no es razón que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como vuestra merced esté á pié.

—Eso no consentiré yo en ningún modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destes señores que con vuestra merced caminan, si no lo han por enojo; y aun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cueva Zulema, que dista poco de la gran Compluto.

—Aun no caía yo en tanto, mi señor licenciado, respondió Don Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi honor de mandar á su escudero dé á vuestra merced la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre.

—Sí sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y también sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es



tan cortés y tan cortesano, que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo.

—Así es, respondió el barbero, y apeándose en un punto, convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho del rogar; y fué el mal, que al subir á las ancas el barbero, la mula, que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolás ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por Don Quijote.

Con todo eso le sobresaltaron de manera, que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron, y como se vió sin ellas, no tuvo otro remedio sino acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse de que le habían derribado las muelas. Don Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caído, dijo:

—Vive Dios, que es un milagro este, las barbas le han derribado y arrancado del rostro, como si las quitaran aposta. El cura, que vió el peligro que corría su invención de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacía maese Nicolás dando aún voces todavía, y de un golpe, llegándole á la cabeza á su pecho, se las puso, murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verían; y cuando se las tuvo puestas, se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró Don Quijote sobre manera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendía que su virtud á más que pegar barbas se debía de extender, pues estaba claro, que de donde las barbas se quitaren debía de quedar la carne llagada y maltrecha, que pues todo lo sanaba, á más que barbas aprovechaba.

—Así es, dijo el cura, y prometió de enseñárselo en la primera ocasión.

Concertáronse que por entonces subiese el cura, y á trechos se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaría hasta dos leguas de allí. Puestos los tres á caballo, es á saber, Don Quijote, la princesa y el cura, y los tres á pié, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, Don Quijote dijo á la doncella:

—Vuestra grandeza, señora mía, guíe por donde más gusto le diere; y antes que ella respondiese, dijo el licenciado:

—¿Hacia qué reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿Es por ventura hacia el de Micomición? que si d-ber ser ó yo sé poco de reinos.

Ella, que estaba bien en todo, entendió que había de responder que sí, y así dijo:

—Sí, señor, hacia ese reino es mi camino.

—Si así es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar y de allí tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo Meótides, que está poco más de cien jornadas más acá del reino de vuestra grandeza.

—Vuestra merced está engañado, señor mío, dijo ella, porque no há dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso he llegado á ver lo que tanto deseaba, que es el señor Don Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oídos así como puse los pies en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo.

—No más, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazón Don Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulaciones; y aunque ésta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas; lo que yo sé decir, señora mía, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga, qué es la causa que le ha traído por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera que me pone espanto.

—A eso yo responderé con brevedad, respondió el cura, porque sabrá vuestra merced, señor Don Quijote, que yo y maese Nicolás,



nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar ciertos dineros que un pariente mío, que há muchos años que pasó á Indias, me había enviado, y no tan pocos que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal; y pasando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo.

Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos, que los que nos saltearon son unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos; y sin duda alguna él debía de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos ó algún hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las

ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus pies, poner en alboroto la Santa Hermandad, que había muchos años que reposaba: quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo.

Hábales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacía ó decía Don Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él había sido el libertador de aquella buena gente.

Estos, pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron; que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.



Tomará vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar.

